



**Evaluación Participativa de la Dinámica Psicosocial Comunitaria desde la Perspectiva
del Fortalecimiento Comunitario: un estudio de caso en la ciudad de Temuco**

Artículo para optar al grado de Magíster en Psicología Comunitaria

Autores

Lic. Daniel Henríquez Fernández, Universidad de La Frontera.

Lic. Antonio Saldías Alarcón, Universidad de La Frontera.

Directora

Dra. Alba Zambrano Constanzo,

Universidad de La Frontera.

15 de Abril, 2019

Resumen: A partir de un estudio de caso desarrollado entre 2017 y 2019 en un barrio de la ciudad de Temuco, se caracteriza una estrategia de evaluación participativa de la dinámica psicosocial comunitaria desde la perspectiva del fortalecimiento comunitario. Se sistematizan los principales momentos del proceso metodológico y se proponen criterios para la evaluación participativa de las dimensiones de la dinámica psicosocial. Se

caracteriza la dinámica y se identifican las dimensiones a fortalecer con prioridad. Se constata que el proceso de evaluación participativa permitió generar evidencia que facilitó procesos de empoderamiento individual, organizacional y comunitario

Palabras clave: evaluación participativa, fortalecimiento comunitario, acción comunitaria, empoderamiento comunitario

Abstract: Based on a case study developed between 2017 and 2019, in a neighborhood of the city of Temuco, a participatory evaluation strategy of psychosocial community dynamics is characterized from the perspective of community strengthening. The main moments of the methodological process are systematized and criteria are proposed for the participative evaluation of the dimensions of the psychosocial dynamics. The dynamics are characterized and also the dimensions to be strengthened are identified with priority. It is noted that the participatory evaluation process allowed to generate evidence that facilitated processes of individual, organizational and community empowerment.

Keywords: participatory evaluation; community empowerment, community action, action research

Introducción

Si bien la psicología comunitaria ha seguido distintas trayectorias teóricas según el lugar en que se ha desarrollado (Wiesenfeld, 2016), los principios básicos de la disciplina son compartidos y se encuentran contenidos en lo que se denomina el paradigma de la construcción y transformación crítica, puesto que la primera prioridad de la producción de conocimiento radica en contribuir al cambio social (Le Bossé y Dufort, 2002).

Consecuentemente, las reglas de producción de este conocimiento se relacionan directamente con el propósito de informar a quienes intervienen y a la propia ciudadanía acerca de los procesos que operan en las realidades particulares que ellos enfrentan y que buscan modificar (Martí, 2017; Zúñiga, Jarquín, Martínez y Rivas, 2016).

En esta perspectiva, es central para la psicología comunitaria que la investigación y la acción estén interconectadas, de modo de privilegiar investigaciones que impliquen el desarrollo de los conocimientos favoreciendo la participación social creciente de los ciudadanos de modo que se involucren en los cambios que estimen necesarios para mejorar las condiciones de vida (Chevalier y Buckles, 2019).

En la tradición de la psicología comunitaria latinoamericana, se propone el fortalecimiento comunitario como un constructo central en el quehacer disciplinario. Este refiere un proceso mediante el cual los miembros de una comunidad desarrollan colectivamente capacidades para alcanzar mayores niveles de control sobre su realidad individual y comunitaria. Implica la evolución hacia mayores niveles de conciencia crítica y compromiso con la acción, de modo de las y los ciudadanos aporten a una transformación de su realidad, en un proceso dialéctico que pretende transformar paralelamente la subjetividad de los sujetos (Montero, 2012). El eje articulador del fortalecimiento

comunitario es la comunidad, enfatizando la organización y desarrollo de quienes la componen e insistiendo en la necesidad de la participación activa y en el fomento de la autonomía y autogestión.

Zambrano (2006) sostiene que para abordar procesos de fortalecimiento comunitario se requiere poner atención a las dinámicas psicosociales que se originan en el entramado social que construyen los actores en un territorio y que mediatizan el cambio. Entre las dimensiones que se sugiere atender se cuentan: el empoderamiento en sus diferentes niveles, el capital social, el sentido de comunidad, los liderazgos y la participación (Sánchez-Vidal, 2016; Wiesenfeld, 2016; Zambrano, García y Bustamante, 2015; Rivera, Velázquez y Morote, 2014; Reyes, 2013; Fernández, 2012; García, 2011).

Para contribuir a los procesos de fortalecimiento comunitario, o al desarrollo de capacidades comunitarias (Barbero y Cortés, 2014; Úcar, Heras y Soler, 2014; Miyoshi, Okape y Banyai, 2013), se acude a la acción comunitaria. Esta puede ser definida como un conjunto de acciones desarrollada por actores institucionales y comunitarios orientadas a favorecer la participación, organización y acción colectiva de los miembros de una determinada comunidad (Barbero y Cortés, 2014; Zambrano, García y Bustamante, 2015). Entre los aspectos que se buscan promover en la acción comunitaria, destacan: la puesta en relación de los actores de un territorio, la participación, procesos organizativos, concertación de actores, una visión global y estratégica de estos procesos, procesos educativos transversales que favorezcan el desarrollo de competencias, habilidades, así como una perspectiva crítica y constructiva de la realidad (Villaruel y Cravero, 2015).

Además, la acción comunitaria debería, según lo consignado por Asun, Parcerisa y Úcar (2009), estimular la construcción de un proyecto compartido como comunidad, que

posibilite dar conducción y coherencia a todos estos procesos. Para ello, es condición que las personas negocien significados compartiendo sus puntos de vistas y el conocimiento que tienen de su propia realidad. De allí, que la co construcción de conocimiento sea de relevancia para avanzar en el cambio de aquello que definen como necesario modificar (Martí, 2017; Ghiso, 2017).

Acción comunitaria en las sociedades contemporáneas: el caso chileno

En Chile, la revolución capitalista inaugurada con el golpe militar ha implicado transformaciones radicales en todos los ámbitos de la sociedad (Álvarez, 2014). Estas se asientan sobre una base cultural que promueve prácticas concretas para su mantención y reproducción. En esta base cultural, conceptualizada por Ortiz (2014) como la *cultura del self*, la racionalidad del mercado permea todos los aspectos de la vida social incluyendo las relaciones sociales (Bauman, 2005). Está cultura, se caracteriza por la promoción de la autogestión de los sujetos, implicando una hiperindividualización, instalando la incertidumbre, la desconfianza y la competitividad como componentes importantes en la experiencia vital, que corroen los vínculos sociales y la posibilidad de constituir un sujeto colectivo (Ortiz, 2014). En contrapartida, se constituyen sujetos aislados, volcados hacia sí, desconectados de su contexto histórico y limitados de participar y generar una respuesta organizada frente a la pérdida de derechos (Ortiz, 2014; Frei Betto, 2008).

La acción comunitaria, al concebirse como una acción social asume un carácter fundante de lo social, vinculada con los imaginarios en que ella se recrea. Siendo una producción social, estructura el ser social y en consecuencia a la sociedad misma (Duarte, 2011; Asun, Parcerisa y Úcar, 2009). Desde este punto de vista, la acción comunitaria y su

aporte a los procesos de fortalecimiento comunitario, se encuentran demarcados por los procesos sociales más globales que se reproducen en las dinámicas barriales.

Específicamente, en los barrios urbanos de Chile, se aprecia una metamorfosis a partir de la intervención de la dictadura, que redundó en términos generales en un conjunto de dinámicas de hostigamiento de la organización al tiempo que prácticas autoritarias o clientelares que inciden en la fragmentación y atomización de la organización (Letelier, Tapia y Boyco, 2018; Delamaza, 2016). Esto fue reforzado por los gobiernos de la postdictadura mediante la promoción de la competencia entre organizaciones por fondos concursables (Delamaza, 2004) y la separación del barrio de procesos urbanos mayores (Tapia, 2016). Junto con lo anterior, la política social ha actuado desde una lógica de contención (Tapia, 2016), que plantea que los problemas están “en el barrio” y que las soluciones pasan por la capacidad de sus habitantes de movilizar capital social, generando en la práctica una comunidad centrada en sí misma. Todo esto, ha provocado una pérdida de influencia y poder que obstaculiza la gobernanza vecinal, puesto que se limita la construcción de una visión compartida del espacio vecinal y la capacidad para actuar en problemas de alcance territorial, como la posibilidad de constituir una contraparte que guíe y fiscalice la acción pública (Letelier, Tapia y Boyco, 2018).

En la comuna de Temuco, región de la Araucanía, la dinámica barrial y organizativa tiende a seguir las dinámicas ya expuestas. Se aprecia que una parte significativa de las organizaciones cuenta con liderazgos que tienden a mantenerse en el tiempo, habitualmente centralizando muchas de las decisiones, y aun cuando hay un interés extendido por contar con una mayor participación de la comunidad se aprecian escasas herramientas para lograrlo como poco esfuerzo de las personas por incluirse activamente en los procesos

(Zambrano, García y Bustamante, 2015). Cabe plantearse como desafío aportar con enfoques que rompan con estas dinámicas y amplifiquen las capacidades organizativas y comunitarias.

Otro aspecto relevante, es que si bien algunas de las políticas públicas declaran la importancia de la comunidad y de la acción comunitaria (Alfaro y Zambrano, 2012), hay evidencia sistemática respecto de las dificultades que los diversos programas y proyectos que abordan alguna o algunas dimensiones comunitarias para propiciar procesos coherentes con los criterios de la acción comunitaria (Tapia, 2015; Berroeta, 2014; Alfaro, 2013). Las estrategias no incorporan activamente a las comunidades en las fases de diseño y evaluación de las acciones, incluso considerando poco prioritario incorporar a los participantes en acciones evaluativas (Berroeta, 2014; Berroeta, Hatibovic y Asún, 2012).

Si bien la psicología comunitaria podría colaborar de modo significativo en el plano teórico y metodológico a orientar procesos participativos, de construcción de capital social, sentido de comunidad y acción colectiva, por mencionar algunos procesos, lo que muestra la evidencia es que no se hace uso de su potencial. Se aprecia más bien, importantes tensiones con las orientaciones disciplinares, puesto que quienes actúan desde la psicología comunitaria al insertarse en el espacio institucional se ven forzados a adoptar estrategias y lógicas institucionales lejanas a las necesidades y racionalidades propias de los procesos comunitarios de mediano o largo alcance (Avello, Román y Zambrano, 2017; Wiesenfeld, 2016).

En el caso específico de los procesos de evaluación de las dinámicas comunitarias, opera una lógica de evaluación centrada en los objetivos, orientada a la verificación de resultados esperados por la política pública que no consideran procesos autonómicos y de

construcción y fortalecimiento de actores como resultado del proceso (Laperrière y Zúñiga, 2007). Esto contrasta con el potencial que ofrecen variadas formas de evaluación participativa que sintonizan con la perspectiva de la psicología comunitaria.

Aproximaciones participativas de construcción de conocimiento para el fortalecimiento comunitario

Los modelos de evaluación han atravesado por diferentes comprensiones vinculadas a las funciones y objetivos que se pretenden alcanzar y a las posiciones epistemológicas que los sustentan; definiendo criterios para el seguimiento de acciones, técnicas para la medición de sus impactos y la definición de los roles y funciones que poseen los actores involucrados en los procesos de evaluación (evaluadores, instituciones, grupos beneficiarios y comunidad).

Guba y Lincoln (1989) identifican cuatro generaciones de modelos evaluativos, los cuales han mutado en relación a sus fundamentos epistemológicos y por tanto a la concepción que se le asigna a la evaluación. La primera generación se caracteriza por la orientación hacia la medición de resultados, la segunda se enfoca en la descripción de los programas enfatizando en el logro de los objetivos, la tercera generación releva la construcción de estándares para emitir juicios respecto de los objetivos a través de la formulación de indicadores, mientras que la cuarta generación entiende la evaluación como un proceso de negociación que incorpora a todos los involucrados. Las tres primeras generaciones están enfocadas en la medición y descripción de resultados en función de la coherencia entre la formulación de objetivos, metas e indicadores para la formulación de juicios, siendo las técnicas cuantitativas predominantes para la definición del grado de éxito o fracaso de los planes o programas. Estos modelos de evaluación persiguen la

implementación de mecanismo o procedimientos “objetivos” que aseguren una medición aséptica basada en la eficiencia de las iniciativas evaluadas, de manera de contribuir a una distribución adecuada de los recursos públicos y privados.

En respuesta a los cuestionamientos arriba enunciados, los modelos de cuarta generación buscan integrar las demandas y preocupaciones de todos los actores involucrados, considerando los marcos culturales y los sistemas axiológicos inmersos en los contextos sobre los que se desenvuelven planes y programas (Guijt y Gaventa, 1998; Guba y Lincoln, 1989). En estos modelos, priman los factores humanos y se introducen prácticas, técnicas y métodos provenientes de disciplinas como la antropología, revitalizando la utilización de métodos cualitativos y relevando los aspectos subjetivos y las posibilidades de generar espacios para una evaluación interna (endógena y de procesos) que posibilite el autoconocimiento y la mejora de las identidades colectivas. Esto permite incorporar la subjetividad de los involucrados, generar conocimiento situado y ecológicamente válido, teniendo un fuerte carácter sociopolítico (Nuñez, 2009; Úcar, 2002).

Interesa en este estudio especialmente la evaluación participativa, parte de los modelos de cuarta generación, que Nuñez, Crespo, Úcar y Asun (2014) denominan como enfoques orientados a la participación. Este modelo se basa principalmente en los aportes epistémicos y metodológicos de la psicología comunitaria (Meringolo, Volpi y Chiodini, 2019), es un modelo de difusa delimitación en el que co-existe una amplia diversidad terminológica que apela a diferentes niveles en lo metodológico y conceptual (Gil, Heras y Asun, 2014). Nuñez (2015) hace una síntesis que la describe en base a los siguientes criterios: basarse en los principios de inclusión diálogo y deliberación, la negociación y

coordinación de objetivos y resultados, el intercambio de opiniones diversas, facilitar el aprendizaje individual, organizacional y comunitario, y la concepción de los evaluadores como facilitadores.

En la misma línea Guijt y Gaventa (1998) establecen que los criterios presentes en todo proceso de evaluación participativa corresponden a: participación, lo que significa abrir el diseño del proceso para incluir a quienes les afecta y analizar la información conjuntamente; negociación para alcanzar acuerdos sobre lo que va a ser evaluado, cómo y cuándo se va a recoger y analizar la información, qué significa ésta realmente, cómo se van a compartir los hallazgos y qué medidas se tomarán; el aprendizaje, que se convierte en la base para la mejora y la acción; y la flexibilidad, que considera los aspectos dinámicos y la contingencia siempre presente en los contextos sociales.

Bowers (2004), por su parte, señala tres criterios para la implementación de un proceso de evaluación participativa: evaluación diseñada por los participantes, un modelo flexible, y un modelo susceptible al cambio y al territorio. Considera que el objetivo fundamental de estas prácticas es propiciar que las personas aprendan de sus propias experiencias. En este sentido, se constata la afinidad entre los lineamientos propuestos por la Investigación Acción Participativa (IAP) con los supuestos y énfasis establecidos en los modelos de evaluación participativa anclados en la corriente transformadora (Úcar, Heras, Soler, 2014; Cousins y Whitmore, 1998).

En la revisión de la evidencia internacional se reportan distintas experiencias de investigación y evaluación participativa en ámbitos diversos como la salud (Labonté y Laverack, 2008; Laverack, 2004; Gray y Sinding, 2002), educación (Úcar, Planas, Novella y Rodrigo, 2017), infancias y juventudes (Aldridge y Dearden, 2013; Springett y

Wallersteing, 2008; Hill, Davis, Prout y Tisdall, 2004), violencia de género (Aldridge, 2013), desarrollo comunitario (Nuñez, 2015), política social (Holland, Brook, Dudwick, Bertelsen y Yaron, 2007) tecnologías renovables (Scott et al.,2016) entre otros, constatando que este enfoque facilita generar procesos reflexivos, implicativos y empoderadores en las comunidades y sujetos.

La revisión de la literatura, da cuenta que aunque hay avances en el uso de metodologías y orientaciones que favorecen procesos participativos que conducen a acción colectiva (Rebollo, Morales y González, 2016; Ucar, Heras y Soler, 2014; Ramos-Vidal, Holgado, Maya-Jariego, 2014), persisten debilidades en materia de evaluación integrada de procesos psicosociales asociados al fortalecimiento de capacidades comunitarias (Díaz-Puente, Cazorla y De los Ríos, 2009; Sánchez-Vidal, 2009; Zambrano, Bustamante y García, 2009).

Es un desafío entonces, generar un sistema de evaluación integrado a la vez que participativo de la dinámica comunitaria, en la perspectiva de proceso evaluativo favorecedor del fortalecimiento de la comunidad. Ello puesto permite una mayor validez interna de la evaluación, mejor utilización de los resultados de la evaluación, favorece el compromiso de los actores implicados, fomenta la cohesión de los grupos, fortalece capacidades reflexivas y autocríticas, generan mayor autonomía sobre los agentes externos, y mejoran los procesos de la organización, tributando a un mayor empoderamiento en sus distintos niveles (Nuñez, Crespo, Úcar y Asun, 2014; Plottu y Plottu, 2009).

Hemos indicado hasta aquí la importancia que cobra para la psicología comunitaria la producción de conocimiento situado, generado a partir de la participación activa de los miembros de la comunidad. Este conocimiento, en la lógica de investigación acción, debe

nutrir la capacidad de los actores de la comunidad para tomar conciencia de las causas complejas y más profundas de las realidades que viven, y ello debe fundar acciones de transformación de esas situaciones. En específico, el fortalecimiento comunitario, una de las metas relevantes para esta área de la psicología comunitaria, debiera ser foco de análisis para tomar decisiones acerca de qué y cómo abordar aquellos aspectos que requieren ser modificados o potenciado. El aporte de la psicología comunitaria, radica en ofrecer un marco de análisis de los procesos psicosociales a la base de esta capacidad: por ejemplo establecimiento de relaciones de confianza, reciprocidad, participación, empoderamiento, sentido de comunidad, entre otros; como también una orientación metodológica para que en el propio proceso de conocer y analizar el estado de estas dimensiones, se vayan generando impactos positivos que fortalezcan las capacidades endógenas (Zambrano y Berroeta, 2012). Hemos señalado también, que, si bien hay estrategias de evaluación de la realidad que sintonizan con la orientación declarada de la psicología comunitaria, la integración de herramientas específicas que alimenten el análisis de las dimensiones que conforman el fortalecimiento comunitario, están bastante ausentes en la literatura.

En la perspectiva de la psicología comunitaria, y en específico de las metodologías participativas que permiten construir conocimiento situado acerca de la realidad que las personas comparten, cabe preguntarse para el acompañamiento técnico realizado a un barrio de la ciudad de Temuco: ¿qué características metodológicas debe asumir una estrategia de evaluación participativa de los procesos de fortalecimiento comunitario?; Para dar respuesta a la pregunta, se proponen los siguientes objetivos:

Objetivo general

Caracterizar una estrategia de evaluación participativa de los procesos de fortalecimiento comunitario en un barrio de la comuna de Temuco.

Objetivos específicos

1. Sistematizar los principales hitos del proceso de evaluación participativa de la dinámica barrial.
2. Caracterizar la dinámica barrial a través de las herramientas y criterios acordados.
3. Identificar participativamente las dimensiones del fortalecimiento comunitario que deben ser abordadas como prioridad.
4. Proponer criterios metodológicos para la evaluación participativa de las dimensiones de la dinámica psicosocial comunitaria.

Metodología

El proceso se enmarca en la evaluación participativa, en tanto se busca construir un proceso compartido entre los actores de las comunidades y los investigadores, concibiendo a la comunidad como experta ecológica respecto de la realidad en que se sitúa. Se acogieron los criterios propuestos por Núñez, Crespo, Úcar y Asun (2014) acerca de la evaluación participativa como la inclusión, diálogo y deliberación, la negociación, el favorecimiento del intercambio, la apertura a la diversidad, el aprendizaje transversal y la caracterización del sujeto como evaluador-participante.

En específico se realizó un estudio de caso, que para Martínez (2011) es el estudio de la particularidad y complejidad de un caso singular para llegar a comprenderlo en sus

circunstancias concretas. Su propósito fundamental es la comprensión de la particularidad del caso, buscando conocer cómo funcionan las partes que lo componen y las relaciones entre ellas para conformar el todo (Martínez, 2011). En este caso interesa evaluar participativamente las dimensiones que entran en relación en la dinámica psicosocial comunitaria de un barrio ubicado en el sector Amanecer de la ciudad de Temuco.

Participantes

A partir de la solicitud de apoyo técnico al área comunitaria del Departamento de Psicología de la Universidad de La Frontera, por parte de una junta de vecinos, la investigación se focalizó en el Barrio Cautín. Esta es una población que se constituyó en el año 1976, a partir de la presión social de dos tomas de terreno del sector, posteriormente, se amplía la entrega de casas a pobladores de otra toma y ciudades del país. Está compuesta, según datos aportados por la Junta de Vecinos (en adelante JJVV), por aproximadamente 2000 personas distribuidas en 489 casas. Según la caracterización hecha por la directiva es un barrio con altos índices de vulneración de derechos básicos y escaso acceso a programas o beneficios de la política pública. En términos organizacionales, existió un período sin JJVV formal, asumiendo la actual directiva en el año 2017. En este contexto la demanda de la organización se centró en la producción de evidencia que sirviera de base para generar un plan de desarrollo focalizado en la dinámica psicosocial comunitaria.

Se incluyó entre los participantes del estudio a todos los afiliados y no afiliados a la JJVV, organizaciones formales y no formales, e instituciones presentes en el barrio.

Técnicas de Producción de Datos

Al abordar metodológicamente la evaluación de la dinámica psicosocial del barrio se utilizó una estrategia mixta que combinó técnicas cualitativas e instrumentos cuantitativos que permitieron una mayor complejización y profundidad de los datos (Clarke, 2004). Se emplearon:

Instrumentos: 1) Cuestionario generador de nombres: instrumento para identificar la existencia, calidad y contenido de las relaciones sociales, considerando los grados de confianza, reciprocidad y cooperación presentes en el vínculo, 2) Escala vínculo con el barrio: se compone de 4 sub escalas; identidad de lugar, apego al lugar, sentido de comunidad y participación comunitaria. Para el cálculo de la muestra se realizó un muestreo aleatorio estratificado, considerando como unidad básica la vivienda. Considerando la población total de 489 casas, la muestra probabilística utilizando un 95% de confianza y un error máximo del 5%, correspondió a 215 casas.

Técnicas Cualitativas: 1) trabajo etnográfico: incluye observación participante, inclusión progresiva en las actividades del barrio, presencia constante del equipo, etc., 2) entrevistas semiestructuradas: entrevista por tópicos a informantes clave del barrio, 3) grupos de discusión: espacios grupales de discusión entre integrantes del barrio en torno a tópicos relevantes, 4) técnicas participativas: distintas técnicas orientadas a estimular la implicación y apropiación de resultado de los integrantes del barrio en distintos momentos, 5) análisis documental, revisión y análisis de datos de información secundaria como la aportada por PLADECOS y bases de datos disponibles en Municipalidad de Temuco. Para el cálculo de la muestra en el caso, se empleó el criterio por saturación del contenido.

Resguardos Éticos

Se siguieron las orientaciones éticas para el trabajo con comunidades propuestas por Winkler, Alvear, Olivares y Pasmanik (2012) que plantean el reconocimiento al sistema de valores y saberes de la comunidad, respetando sus estructuras sociales e integrándose al proceso de investigación en co-autoría. Junto con esto se explicó e informó sobre todos los aspectos vinculados a la investigación en espacios formales (reuniones de trabajo, asambleas, etc). Esto se complementó con un consentimiento informado a los participantes según el momento en que participó, allí se explicitaron los objetivos del estudio, el carácter voluntario y confidencial de la participación, el resguardo a la salud física y mental, la posibilidad de negarse a participar parcial o totalmente sin sanciones y que el estudio no contemplaba compensación económica por participar. Se contempla la publicación de los resultados, previa autorización del documento por la comunidad, para contribuir con evidencia a procesos similares.

Resultados

Los resultados serán presentados de modo de dar respuesta a cada uno de los objetivos específicos propuestos para estudio. Se cierra la sección respondiendo de modo global al objetivo general.

Proceso metodológico de la evaluación participativa de la dinámica barrial

El proceso desarrollado para implementar la evaluación participativa de la dinámica psicosocial del barrio cuenta con 10 momentos complementarios entre sí, este fue desarrollado entre Octubre de 2017 y Abril de 2019: parte con el contacto inicial que permite explicitar el pedido de la JJVV, al tiempo que redefinir expectativas y concordar el

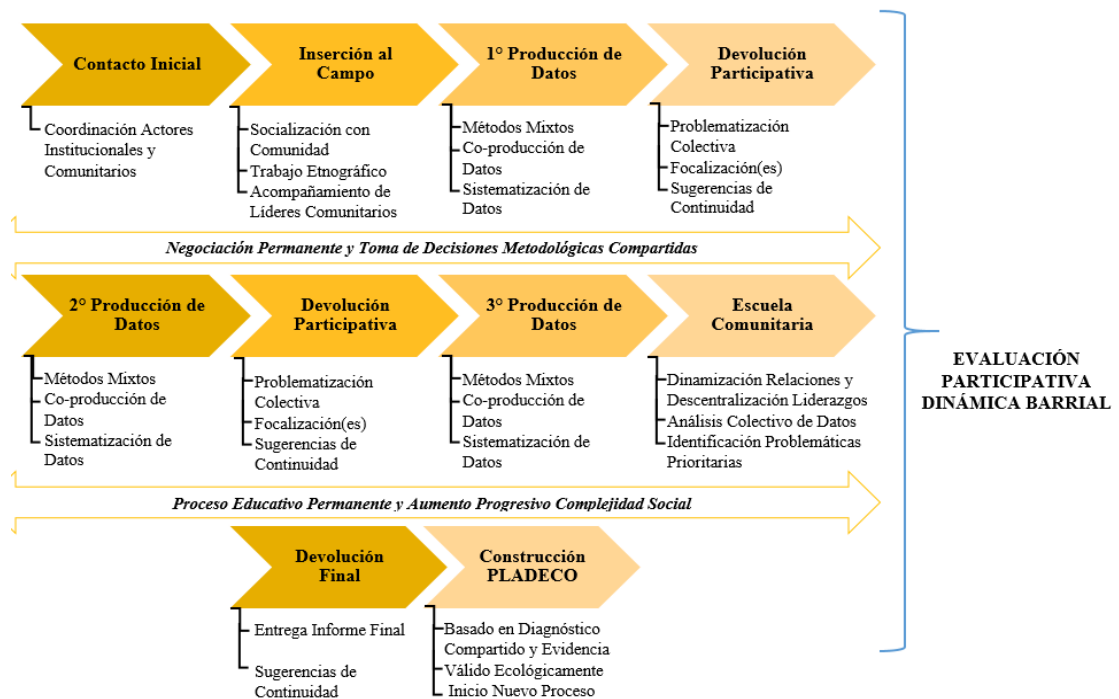
foco del apoyo técnico y forma en que se trabajaría, continúa con la inserción al campo mediante el acompañamiento de las lideresas de la comunidad y la co-organización de algunas acciones propias de la junta de vecinos, realizando los primeros acercamientos etnográficos al barrio, su historia y dinámica, para dar paso a la primera producción de datos sobre la identificación de actores, recursos y problemáticas del barrio y la reconstrucción de su historia mediante entrevistas, geo referenciación, cartografía participativa y revisión documental, esta información fue sistematizada y devuelta participativamente para problematizar y profundizar los datos sistematizados y reportados, además de consensuar orientaciones metodológicas y de proceso para la continuidad. Esta etapa tuvo una extensión de 5 meses. Esto da paso a la segunda producción de datos, que se focalizó en la evaluación participativa de la dinámica psicosocial del barrio mediante la aplicación de instrumentos, entrevistas y grupos de discusión, dando paso a una nueva devolución participativa de la información. Esta etapa duró 6 meses.

A partir de las orientaciones emanadas de la devolución, se da paso a la tercera producción de datos focalizada en hombres y jóvenes del barrio mediante instrumentos, entrevistas y talleres participativos, ello puesto en la etapa anterior básicamente fueron encuestadas mujeres dada su disponibilidad en los domicilios. En paralelo, se implementó una Escuela Comunitaria, con el objetivo de favorecer la relación entre las y los participantes, así como el desarrollo de competencias para fortalecer la acción comunitaria en temáticas que los actores definieron como prioritarias: género, liderazgo, redes sociales, empoderamiento, propaganda, metodologías participativas y construcción de proyectos sociales. Se tomó como línea base para el análisis de estas temáticas los datos producidos anteriormente, realizando un análisis crítico de estos y construyendo una visión común

sobre los problemas prioritarios del barrio y sus posibles soluciones. Esta etapa tuvo una duración de 4 meses.

Es importante destacar que la negociación, la toma de decisiones compartida, la co-dirección metodológica y el aumento de la complejidad fueron elementos transversales. También es importante destacar que estos momentos no tienen un inicio y fin rígido, sino que se fueron superponiendo como parte del aumento de la complejidad social.

Desde enero de 2019 se encuentra en ajuste la sistematización final para generar las devoluciones del proceso general y sus resultados a la comunidad en formato oral y escrito para dar paso al proceso de construcción del plan de desarrollo comunitario según las áreas definidas como prioritarias para lo cual se ha enlazado con una práctica profesional de psicología comunitaria. El proceso global, se ilustra en el siguiente esquema.



Características de la dinámica barrial a través de las herramientas y criterios acordados.

La caracterización de la dinámica barrial se realizó en base a un diseño emergente de evaluación participativa. Se generaron ajustes metodológicos en la medida en que se realizaron devoluciones parciales de la información analizada. Estos resultados fueron problematizados con la comunidad.

El análisis de la dinámica psicosocial del barrio, se guío por las dimensiones que incluye el constructo fortalecimiento comunitario, esto es: los estilos de liderazgo; niveles de empoderamiento comunitario; las propiedades de las redes sociales y capital social; la participación comunitaria y sentido de comunidad. Para las tres primeras dimensiones se emplearon técnicas cualitativas, mientras que para el resto se ha integrado un análisis mixto que ha incorporado técnicas cualitativas y cuantitativas; ambos supeditados a procesos de devolución problematización permanente como criterio eje de la valoración de la realidad. Además, se produjeron datos que permitieron conocer los orígenes del territorio, la trayectoria histórica de las organizaciones existentes, hitos relevantes y las condiciones de vida general de las y los vecinos.

El *empoderamiento organizacional y comunitario*, entendidos como un mecanismo mediante el cual una comunidad consigue redefinir las relaciones de poder accediendo a recursos para el control de su realidad, complejizando las relaciones inter organizacionales y estableciendo mecanismos que fomentan y estimulan la participación de los miembros de una comunidad (Zimmerman, 2000; Silva y Martínez, 2004; Zambrano, 2007).

En la evaluación realizada, se aprecia que los procesos de empoderamiento han variado a partir de la trayectoria histórica del lugar y las transformaciones del sector en términos de las condiciones materiales de vida de los residentes. La historia compartida, marcada por luchas organizadas para el mejoramiento de las condiciones de habitabilidad y vivienda permitieron el surgimiento de procesos de empoderamiento sustentados en estas carencias materiales, desplegando variadas estrategias y esfuerzos para acceder a recursos, convocando una amplia participación y visión crítica del contexto social en diferentes niveles de la realidad socio comunitaria.

Actualmente, y tras el receso de las organizaciones barriales de base, se observa que el empoderamiento se concentra en un nivel individual bajo figuras directivas, en particular en aquellos dirigentes con mayores niveles educativos o trayectoria en ese rol. Al momento de la evaluación se aprecia que las estructuras de funcionamiento no han logrado estimular un modelo de participación fortalecedor (Rebollo, 2012) que fomente capacidades en el resto de la comunidad, concentrando la toma de decisiones y la responsabilidad en dirigentes. En este sentido, el excesivo protagonismo produce dependencia y pasividad por parte de la comunidad vecinal, reproduciendo relaciones clientelares a nivel organizacional. Si bien esto aumenta los niveles de empoderamiento individual de las dirigentes no se traduce necesariamente en el aumento del empoderamiento comunitario del resto de la comunidad vecinal. A nivel organizacional, se observa que los énfasis están puestos en la obtención de recursos a través de fondos concursables en desmedro de estrategias autogestivas. De tal forma, las relaciones inter organizacionales son esporádicas y responden al desarrollo de actividades puntuales y contingentes en ausencia de una estrategia territorial consensuada y de largo plazo. Finalmente, la efectividad

organizacional está fuertemente afectada por la baja vinculación con el resto de los actores barriales y la baja participación.

Desde la perspectiva del análisis estructural de redes, se observa que *el capital social*, entendido como recursos (información), obligaciones de reciprocidad y normas sociales, de los que pueden beneficiarse los individuos gracias a los vínculos que mantienen al interior de redes sociales (Coleman, 2011), evidencia una estructura relacional con débiles niveles de cohesión y con baja conectividad entre vecinos. Existen diversos subgrupos constituido por relaciones diádicas que en su mayoría se encuentran desconectados entre sí. Los cliques existentes, esto es, un subgrupo de al menos 3 nodos conectados entre sí, se constituyen en torno a roles directivos de organizaciones de base, formando una red hermética con pequeños subgrupos de baja influencia hacia al resto del entramado social. El capital social desarrollado se restringe a un nivel individual representado por las relaciones que establecen las dirigentes con el resto de las organizaciones sociales y las instituciones formales; mientras que, a nivel comunitario, este se activa en situaciones de desastre o adversidad.

“Acá sí se ayudan entre sí, cuando fallece algún vecino pasan pidiendo donaciones y cosas así” (Vecina 1)

El índice de centralización, que se refiere a la posición que poseen los nodos (en este caso las y los vecinos) en la red, resulta bajo evidenciando una red con una estructura jerárquica difusa con pocos puentes que logren conectar las subredes existentes. Se aprecia que la conformación de cliques está mediada en gran parte por la cercanía residencial.

“¿Cómo confiable?, porque acá en esta calle sí, pero más allá no podría decir si son confiables o no” (Vecino 2)

Por su parte, las propiedades de los vínculos existentes son fuertes, estables y basados en la confianza posibilitando condiciones incipientes para el despliegue de la acción comunitaria. A nivel organizacional, el capital social de puente es débil, esporádico y responde al desarrollo de actividades puntuales existiendo una baja circulación de recursos entre organizaciones. No existe una planificación ni una estrategia territorial compartida por lo que la relación inter organizacional es más bien contingente.

Finalmente, desde el punto de vista de las relaciones verticales o capital social de escalera, entendido como los eslabonamientos verticales que conectan actores en posiciones de poder diferentes que en este caso se traducen en las relaciones que establecen las organizaciones de base con actores institucionales (García, 2011), principalmente el gobierno local; se observa una vinculación de tipo clientelar pasiva o semi clientelar, debido al foco puesto en la obtención de recursos. Si bien algunas organizaciones poseen una visión crítica de la instrumentalización política de las relaciones sociales que establecen algunos servicios del gobierno local, de todas formas, se establece una relación dependiente en términos del manejo de los recursos y la generación proyectos desarrollados “desde arriba”.

El *liderazgo* es entendido como un fenómeno multifacético que estudia el rol de quién lo ejerce, el contexto en que se desenvuelve y cómo interactúa con la comunidad (Reyes, 2013). En específico, el liderazgo comunitario busca lograr metas que se orientan a la transformación social según necesidades e intereses compartidos (Zambrano, García y Bustamante, 2015).

En el caso de estudio los liderazgos se desprenden de las estructuras formales de participación y de las trayectorias individuales de los dirigentes sociales. Los estilos de liderazgos se caracterizan por un tipo de funcionamiento gerencial y orientado a la tarea. La toma de decisiones se concentra en la directiva, canalizando y definiendo las acciones a seguir. Predomina aquí un híbrido entre el estilo de liderazgo autocrático y paternalista (a pesar de que el interés es ejercer un liderazgo democrático). Este estilo puede ser visto como necesario en la medida que es urgente reactivar dinámicas que ordenen y estructuren los procedimientos de trabajo. Sin embargo, puede inhibir considerablemente los procesos de empoderamiento comunitario, pues un excesivo protagonismo produce dependencia y pasividad por parte de la comunidad vecinal, reproduciendo relaciones clientelares a nivel organizacional.

Considerando las dimensiones del *sentido de comunidad*, entendida como una experiencia subjetiva de pertenencia a una colectividad mayor posibilitando relaciones de apoyo mutuo (Cueto, et al, 2015; Vidal, et al, 2013), se observa la presencia de lazos afectivos y una percepción de apoyo entre los miembros del barrio. Al mismo tiempo existe un sentimiento de orgullo producido por la consecución de mejoras habitacionales tras las luchas de los primeros residentes del sector. Sin embargo, las dimensiones vinculadas a la influencia y compromiso sobre los asuntos relativos al barrio (Manzo y Perkins, 2006) se encuentran poco representados. Así, el alto sentido de comunidad reflejado en los instrumentos y observación, no se traduce en participación activa de los vecinos.

Por su parte, la *participación comunitaria*, se entiende como un proceso crítico de desarrollo comunitario que permite reconocer y generar conocimientos sustentados en

procesos de diálogo, deliberación y reflexión crítica, facilitando la agencia y el potencial de transformación de las personas (Howard y Wheeler, 2015).

En el caso estudiado, se observa que la participación es baja y relativamente estática en la medida en que los actores implicados se reducen a un pequeño grupo de vecinos que utilizan los diferentes espacios de participación formal existentes. Esto implica un bajo recambio de implicados y una reducida capacidad para adherir nuevos miembros, sobre todo grupos de jóvenes y hombres adultos. Esta situación de acuerdo a los antecedentes obtenidos, se relaciona con el receso y retroceso del trabajo comunitario durante los años 90, la fragmentación social y los procesos de repliegue de la vida comunitaria al espacio privado, los tipos de relación establecidos con las instituciones formales, las estrategias de comunicación para la difusión de actividades, entre otras. Los espacios de participación habitualmente corresponden a reuniones y asambleas informativas en donde se da cuenta de los avances de las gestiones contingentes, rendición de cuentas financieras de las organizaciones y la programación de actividades de interés vecinal, en caso de haberlas. Esta estructura impide la implicación, reflexión y responsabilización del resto de los socios asistentes, generando una fuerte dependencia, sobrecarga y desgaste de los liderazgos.

“Acá sólo participamos quienes nos acordamos o los que tienen algún cargo, los demás no vienen, no saben o no quieren, parece que nos falta preguntarles qué quieren los demás” (Vecina 3)

Se aprecia, además, instrumentalización de la participación, relaciones verticales entre dirigentes, socios y comunidad vecinal, estableciendo relaciones de poder desiguales entre directivos y socios. Conscientes de esta problemática, quienes cumplen roles como dirigentes han generado estrategias a partir de mesas de trabajo con facultades

representativas en función de temáticas relevantes, tales como medio ambiente, salud, entre otros, en un intento por descentralizar el poder y la participación. Esta estructura permite la incorporación de nuevos vecinos al quehacer comunitario, siendo una iniciativa que, si bien en la práctica ha tenido pocos resultados, ha permitido abrir gradualmente los niveles de implicación de nuevos vecinos.

Identificación participativa de las dimensiones del fortalecimiento comunitario que deben ser abordadas como prioridad.

Considerando los resultados del análisis de los datos obtenidos, se procedió a generar devoluciones a distintos actores comunitarios entre los que fueron considerados: la directiva de la junta de vecinos y su grupo de apoyo y la asamblea de la junta de vecinos. Junto con esto se organizó una “Escuela Comunitaria” que tuvo por objetivo dinamizar ciertos aspectos psicosociales como la construcción de una visión compartida sobre el barrio, el fortalecimiento de los vínculos entre los integrantes, la descentralización de liderazgos y la facilitación de un espacio reflexivo en torno a la evidencia producida. En este espacio se concluye que lo central es abordar los **vínculos** entre los integrantes del barrio y la **participación social**. Esto se explicita en la siguiente cita

“antes nos conocíamos, participábamos harto, había una vida común con los vecinos, ahora con suerte nos saludamos, ya no celebramos nada juntos, estamos encerrados y así mismo la población se ha ido poniendo más apagada” (Vecina 4), o *“yo creo que si queremos que haya participación y pasen cosas lindas en nuestra villa, tenemos que partir por conocernos, saludarnos, saber quién es el vecino de al lado y al frente, si no, con qué confianza haremos algo”* (Vecino 5).

Al focalizar como prioritario los vínculos (capital social) y la participación se asume la interrelación entre estas y otras dimensiones de la dinámica barrial, por lo que al abordarlas se prevé impactar la dinámica en su totalidad. Ampliar las redes y mejorar la calidad de los vínculos, contribuiría a la densificación del tejido asociativo, impactando positivamente la participación y por tanto, generando procesos de descentralización y redistribución del liderazgo, mayores niveles de empoderamiento organizacional y comunitario, y un sentido compartido sobre el barrio y su futuro.

Criterios metodológicos para la evaluación participativa de las dimensiones de la dinámica psicosocial comunitaria

Según esta experiencia, los criterios que emergen como fundamentales para un proceso de evaluación participativa de la dinámica psicosocial comunitaria tiene relación con:

- a) *Puesta en relación*: dada la situación de fragmentación social, deben generarse espacios y estrategias que pongan en relación a las personas y densifique el tejido asociativo, promoviendo la generación de climas afectivos de trabajo y relaciones basadas en la solidaridad, confianza y respeto mutuo.
- b) *Control técnico compartido*: asume que el diseño, ejecución, evaluación y proyecciones del proceso evaluativo debe ser compartido entre los actores mediante el diálogo permanente, descentralizando la toma de decisiones del apoyo técnico, facilitando así la apropiación metodológica y la validez ecológica de los resultados.
- c) *Negociación permanente*: implica un ajuste constante entre las expectativas de los actores para un abordaje y proyección realista de los procesos.

d) *Proceso educativo transversal*: se debe propiciar la apropiación y adquisición de habilidades para evaluar necesidades, analizar prioridades y objetivos y llevar a cabo la planeación orientada a la acción mediante metodologías participativas y vivenciales que estimulen la reflexión. En complemento, durante el proceso los participantes aprenden de la experiencia siendo influidos por los significados que se elaboran colectivamente.

e) *Producción de evidencia provocadora de procesos reflexivos*: junto con producir evidencia situada de forma participativa, este proceso debe provocar la reflexividad en los actores, estimulando una mirada crítica sobre la realidad individual y colectiva de los espacios cotidianos, y permitiendo el análisis global de sus problemáticas y posibles soluciones.

f) *Evaluación centrada en el proceso*: el foco está puesto en el propio proceso de la evaluación antes que, en la medición de variables, ya que es precisamente el proceso comunitario (conocimiento mutuo, trabajo conjunto, etc.) en el ámbito de una comunidad concreta de referencia el objetivo prioritario a trabajar.

g) *Pluralidad metodológica para el acercamiento a la realidad*: se requieren técnicas mixtas para la producción de datos que permitan una caracterización amplia y profunda de la realidad, que dada la flexibilidad que supone, facilita la diversificación de los participantes en el proceso.

h) *Posición comprometida del evaluador*: asumir una posición ética y política comprometida con la comunidad, sus problemáticas y desafíos. Esto implica construir conocimiento útil y riguroso desde, con y para la acción política transformadora, acompañando los procesos de movilización de la comunidad.

i) *Estimular la articulación y trabajo en red*: facilitar vínculo de la comunidad con organizaciones e instituciones que puedan aportar al desencapsulamiento del barrio para una mirada más amplia y compleja de su realidad, generando una sinergia colaborativa y favorecedora de la gobernanza. En concreto, esto para el barrio ha supuesto mantener un trabajo articulado y estable con otras juntas de vecinos, organizaciones sociales, universidades, instituciones públicas y privadas que ha permitido potenciar procesos del barrio y también abordar problemáticas y desafíos a nivel territorial.

Discusión

En la presente investigación se propuso como objetivo general caracterizar una estrategia de evaluación participativa de los procesos de fortalecimiento comunitario de un barrio, para esto se utilizó como marco de referencia los llamados enfoques de evaluación orientados a la participación (Núñez et al., 2014). De un modo general se puede concluir que la evaluación participativa en este barrio se perfila con una secuencia de momentos interdependientes entre sí, que permiten definir un pedido original para luego ir acotando según las particularidades del proceso. Se aprecia como una cuestión central la construcción de relaciones de confianza y colaboración entre los vecinos y el equipo técnico, así como también entre las y los participantes que se van sumando a lo largo del proceso. La generación de datos a partir del uso combinado de herramientas cualitativas y cuantitativas proveyó de evidencia que permitió que los involucrados: miraran la dinámica barrial en perspectiva, analizaran la interconexión de los elementos que configuran esta dinámica, y alentó el involucramiento de actores diversos a través del acercamiento mixto propiciando descentramiento del proceso evaluativo de las organizaciones constituidas y aportando a la inclusión social (Aldridge, 2017).

Las y los participantes contribuyen a redefinir focos para generar nueva información de modo de ir tributando a un proceso global que ellos mismo, a partir de nuevos diálogos, van proyectando. En este sentido, la evaluación participativa de la dinámica comunitaria ha permitido generar evidencia compartida de las características y propiedades que subyacen a las dinámicas psicosociales orientando los focos sobre los cuales es necesario dirigir estrategias de intervención. Al mismo tiempo, la evaluación en tanto proceso reflexivo, es en sí mismo un ejercicio colectivo que permite fortalecer las capacidades de análisis y comprensión de la realidad social con altos grados de validez ecológica, generando la construcción de una visión común que posibilita acuerdos entre los miembros de una comunidad específica. La co-construcción de esta evidencia compartida incide en las formas en que los miembros de una comunidad se ven a sí mismos en el marco de procesos o estrategias colectivas para el mejoramiento de las condiciones de vida de una población.

Cabe destacar que “la escuela comunitaria” constituyó una estrategia central para generar intercambio, análisis, establecimiento de nuevas relaciones, así como nuevas propuestas. Quienes participaron en este espacio, un grupo diverso de vecinas y vecinos, actuaron como una suerte de “grupo motor” que contribuyeron a descentralizar funciones y toma de decisiones de la JJVV, y a potenciar la acción comunitaria en el barrio. Este proceso, es similar al reportado en las experiencias de los Planes de Desarrollo Comunitario españoles (Nuñez, 2015) y va en la línea de lo propuesto por Marchioni (2018) bajo la lógica de organización de la participación.

Podemos constatar que todo proceso de evaluación participativa que busque aportar al empoderamiento requiere condiciones básicas para su implementación (Nuñez 2015; Guijt y Gaventa, 1998). En este estudio emergieron criterios como la puesta en relación, el

control técnico compartido, la negociación permanente, facilitar un proceso educativo transversal, producir evidencia provocadora de procesos reflexivos, el centro de la evaluación puesto en el proceso, la pluralidad metodológica para el acercamiento a la realidad, la posición comprometida del evaluador y la estimulación del trabajo en red. Sobre estos criterios fue posible montar una evaluación participativa de creciente complejidad social que, además de problematizar sobre las problemáticas de la vida cotidiana en el barrio, puso el acento en relevar la dinámica psicosocial como clave para procesos de fortalecimiento comunitario y en la constitución de un sujeto colectivo con el interés de avanzar en construir un proyecto propio de gobernanza barrial.

En torno a la construcción de sujeto, se releva la transformación de la subjetividad como parte del proceso evaluativo, logrando cuestionar la racionalidad neoliberal de carácter hiperindividualizante y limitantes de la libertad del sujeto, dando paso a la posibilidad de agenciamiento a través de la ruptura con las construcciones sociales producidas principalmente por la política social que relega al sujeto a espacios constreñidos y en posiciones desventajosas para el ejercicio del poder y gobernanza (Letelier, Tapia y Boyco, 2018; Delamaza, 2016). Este proceso se expresa en el compromiso e involucramiento con la construcción de un plan de desarrollo comunitario pertinente, en la resignificación de su experiencia individual y colectiva como parte de una trayectoria histórica de lucha por mejoras comunitarias y el análisis crítico y ampliado de las problemáticas sociales y su impacto en la vida comunitaria y la reapropiación del espacio público como un lugar de encuentro y deliberación entre los integrantes del barrio, produciendo así un cambio en la noción de sí mediante la puesta en común de los sujetos,

dando paso a una elaboración intersubjetiva de su visión como comunidad que releva y valora la autonomía y capacidades para hacerse cargo de sus circunstancias.

Si bien el proceso de evaluación permitió la construcción de evidencia para facilitar la toma de decisiones en la implementación de una estrategia de fortalecimiento comunitario, también fue en sí misma una estrategia que favoreció el empoderamiento individual, organizacional y comunitario pues desarrolló competencias en los integrantes del barrio, mejoró el autoconcepto individual y colectivo, permitió generar un marco de referencia común entre los distintos actores, fortaleció los vínculos entre ellos, aumentó la participación, descentralizó el liderazgo y la toma de decisiones, diversificó el acceso a recursos de todo tipo y generó articulación con otras organizaciones e instituciones públicas y privadas. Esto nos lleva a concluir que la evaluación participativa no sólo es una articulación de criterios y procedimientos implicativos para la producción de datos, si no también constituye una estrategia empoderadora que logra desencapsular las problemáticas propias del barrio hacia la política social, dando un salto hacia la problematización de la gobernanza territorial.

Dado las limitaciones de este estudio, como líneas de proyección de esta investigación podemos señalar la necesidad de contar con estudios comparados en otros barrios con el fin de producir evidencia suficiente que permita modelar un sistema basado en la evidencia para el trabajo con barrios en la perspectiva aquí asumida. A nivel de dinámicas barriales emergen preguntas en torno a la feminización de las organizaciones comunitarias y la falta de participación e involucramiento de la infancia y juventud en la vida orgánica barrial. Finalmente creemos interesante poder generar estudios específicos sobre las transformaciones en la subjetividad a propósito de procesos de evaluación

participativa de las dinámicas comunitarias, pues creemos que hay una producción de sujeto que debe ser identificada con claridad.

Referencias

- Aldridge, J. (2013). Identifying the barriers to women's agency in domestic violence: the tensions between women's personal experiences and systemic responses. *Social Inclusion*, 1(1), 3-12.
- Aldridge, J. y Dearden, C. (2013). Disrupted childhoods, in M. Pickering and E. Keightley (eds) *Memory research in cultural studies*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 167-84.
- Alfaro, J. y Zambrano, A. (2012). Psicología comunitaria y políticas sociales en Chile. *Psicologia & Sociedade*; 21 (2): 275-282.
- Alfaro, J. (2013). Psicología Comunitaria y Políticas Sociales: Institucionalidad y dinámicas de actores. *Global Journal of Community Psychology Practice*, 4 (2).
- Álvarez, R. (2014). La nueva política en el Chile postdictatorial : ¿Pasividad ciudadana o clientelismo desde abajo? (1990-1996). *Revista de Estudios Ibero-Americanos*, 40 (1), 168-189.
- Asun, Ll., Parcerisa, A. y Úcar, X. (2009). 10 ideas clave: la acción comunitaria. Barcelona: Graó
- Avello, D., Román, A., y Zambrano, A. (2017). Intervención sociocomunitaria en programas de rehabilitación psicosocial: un estudio de casos en dos equipos del sur de Chile. *Psicoperspectivas*, 16 (1).
- Barbero, J. y Cortés, F. (2014). Trabajo comunitario, organización y desarrollo social. Madrid: Alianza.

- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Berroeta, H. (2014). El quehacer de la psicología comunitaria: Coordenadas para una cartografía. *Psicoperspectivas*, 14(2), 19-31.
- Berroeta, H., Hatibovic, D., y Asún, D. (2012). Psicología Comunitaria: prácticas en Valparaíso y visión disciplinar de los académicos nacionales. *Polis*, 11 (31), pp. 335 - 354.
- Bowers, A. (2004). Start at the end: empowerment evaluation product planning. *Evaluation and Program Planning*, 27(3), 275-285. Doi:10.1016/j.evalprogplan.2004.04.002
- Chevalier, J., y Buckles, D. (2019). *Handbook and Participatory Action Research, Planning and Evaluation*, SAS2 Dialogue, Ottawa.
- Coleman, J. (2011). *Fundamentos de teoría social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cousins, J.B. y Whitmore, E. (1998). Framing Participatory Evaluation. *New Directions for Evaluation*, 80, 5–23.
- Cueto, R.M., Espinosa, A., Guillén, H., y Seminario, M. (2015) Sentido de Comunidad Como Fuente de Bienestar en Poblaciones Socialmente Vulnerables de Lima, Perú. *Psykhe*, 25(1), 1-18 doi:10.7764/psykhe.25.1.814
- Delamaza, G. (2004). Políticas públicas y sociedad civil en Chile: el caso de las políticas sociales (1990-2004). *Política* [en línea] Recuperado de:
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504306>

- Delamaza, G. (2016). Una mirada a los procesos de acción colectiva en Chile. En P. Boyco, F. Letelier & J. Gualteros (eds.), *Acción colectiva, articulación y territorio. Notas del Seminario–Encuentro ACT 2015* (Talca, 12 y 13 de diciembre 2015) (pp. 4-7) Santiago, Chile: Ediciones SUR. Recuperado de: <http://bit.ly/2zNTXcI>
- Díaz-Puente, J., Cazorla, A., y De los Ríos, I. (2009). Empowering communities through evaluation: some lessons from rural Spain. *Community Development Journal*, 44(1), 53-68. Doi: 10.1093/cdj/bsm008
- Duarte, K. (2011). Notas generacionales para la acción comunitaria con jóvenes de sectores empobrecidos. *Revista Observatorio de Juventud*, 29.
- Fernández, J. (2012). El capital social. Potencial para la investigación-acción de un paradigma emergente. *Cuadernos de Trabajo Social*, 25(2), 297–308.
https://doi.org/http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2012.v25.n2.39616
- Frei Betto. (2008) “Neoliberalismo y cultura”, *Rebelión*, disponible en www.rebelion.org/noticia.php?id=72080
- García, M. (2011). Capital social y clientelismo: Otra limitación para el control social. *Revista de la Universidad Bolivariana*, Volumen 10, N° 29, 2011, p. 123-146.
- Ghiso, A. (2017). *Rescatar, descubrir, recrear. Metodologías participativas en investigación social comunitaria*. LOM Ediciones: Santiago de Chile.
- Gil, E., Heras, P. y Asun, L. (2014). *Evaluación participativa y empoderamiento: Análisis documental de investigaciones y prácticas*. Dipòsit digital de la UB, pendiente de publicación.

- Gray, R. y Sinding, C. (2002). *Standing ovation: Performing social science research about cancer*. Walnut Creek, CA: Altamira Press.
- Guba, E., y Lincon, Y. (1989). *Fourth generation of evaluation*. Newbury Park. California: Sage Publications.
- Guijt, I., y Gaventa, J. (1998): “El seguimiento y evaluación participativos: ¿Cómo aprender del cambio?”. Institute of Development Studies at the University of Sussex, Brighton, UK.
- Hill, M., Davis, J., Prout, A. y Tisdall, K. (2004). *Moving the participation agenda forward*. *Children & Society*, 18(2), 77-96.
- Holland, J., Brook, S., Dudwick, N., Bertelsen, M., y Yaron, G. (2007). *Monitoring empowerment in policy and programme interventions: Combining Qualitative and Quantitative Approaches*. Q-Squared Working Paper, No. 45, University of Toronto.
- Howard, J., y Wheeler, J. (2015). *What community development and citizen participation should contribute to the new global framework for sustainable development*. *Community Development Journal.*, 50(4), 552-570. doi :10.1093/cdj/bsv033
- Labonté, R., y Laverack, G. (2008). *Health Promotion in Action: From Local to Global Empowerment*. Palgrave Mcmillan: USA.
- Laperrière, H. y Zuñiga, R. (2007): *Cuando la comunidad guía la acción: hacía una evaluación comunitaria alternativa*. *Psicología & Sociedade* 19 (3) Pp. 39-45.

- Laverack, G. (2004). *Health Promotion Practice: Power and Empowerment*. SAGE Publications: London.
- Le Bossé, Y., y Dufort, F. (2002). El empoderamiento de las personas y comunidades: otra forma de intervenir. En F. Dufort y J. Guay (comps.), *Agir au coeur des communautés. La psychologie communautaire et le changement social*, 75 – 115. Laval: Le Presse de l'Université Laval
- Letelier, F, Tapia, V. y Boyco, P. (2018). ¿Nuevas territorialidades vecinales en el Chile neoliberal?, *Polis. Revista Latinoamericana*, 49, 55-78
- Long, D.A. & Perkins, D. D. (2007). Community social and place predictors of sense of community: A mul-tilevel and longitudinal analysis. *Journal of Community Psychology*, 35 (5), 563-581. doi:10.1002/jcop.20165
- Manzo, L. & Perkins, D. (2006). Finding common ground: The importance of place attachment to community participation and planning. *Journal of Planning Literature*, 20 (4), 335-350.
- Martí, J. (2017). *La investigación-acción participante. Estructura y Fases*. El Viejo Topo, Barcelona.
- Martinez, P. (2011). El método de estudio de caso: estrategia metodológica de la investigación científica. *Pensamiento y Gestión*, 29.
- Meringolo, P., Volpi, C., y Chiodini, M. (2019). Community Impact Evaluation. Telling a Stronger Story. *Community Psychology in Global Perspective*, 5 (1), pp. 85-106.

- Miyoshi, K., Okabe, Y., y Banyai, C. (2013). Capacidad comunitaria y desarrollo rural. Centro Internacional de Kyushu, Agencia de Cooperación Internacional y Japón y Universidad Ritsumeikan Asia Pacific.
- Montero, M (2012). Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad. Primera edición 5ta reimpresión. Bueno Aires: Paidós
- Núñez, H. (2009). Descripción y análisis de la evaluación en el ámbito comunitario y estudio de las posibilidades de aplicación de los principios de la evaluación participativa en Planes de Desarrollo Comunitario de Cataluña, Tesis de Máster Oficial Investigación en Educación Departamento de Pedagogía Sistemática y Social, Universidad Autónoma de Barcelona
- Núñez, H, (2015). Funciones y estrategias socioeducativas de los técnicos comunitarios en procesos de evaluación participativa de acciones comunitarias (EPAC) Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria, núm. 25, pp. 358-360
- Núñez, H. (2015). ¿Qué tienen de pedagógicos los procesos de evaluación participativa de acciones comunitarias? Algunas aportaciones desde la práctica. Educació Social. Revista d'Intervenció Socioeducativa, 61, pp. 128-143
- Núñez, H., Crespo, E., Úcar, X., y Asun, Ll. (2014). Enfoques de evaluación orientados a la participación en los procesos de acción comunitaria. Pedagogia Social. Revista Interuniversitaria, 24, pp. 70 - 103.
- Ortiz, M. (2014). El perfil del ciudadano neoliberal: la ciudadanía de la autogestión neoliberal. Revista Sociológica, 83, pp. 165-200

Plottu, B., y Plottu, E. (2009). Approaches to participation in evaluation: some conditions for Implementation. *Evaluation*, 15(3), 343-359

Ramos-Vidal, I., Holgado, D., Maya-Jariego, I. y Palacio, J. E. (2014). Evaluación de procesos comunitarios y análisis de redes interorganizativas: elementos para mejorar la efectividad de las intervenciones comunitarias. *Pensando Psicología*, 10(17), 135-148. doi: [http:// dx.doi.org/10.16925/pe.v10i17.798](http://dx.doi.org/10.16925/pe.v10i17.798)

Rebollo, O. (2012). La transformación social urbana. La acción comunitaria en la ciudad globalizada. *Gestión y Política Pública*, 159-186. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13324931005>

Rebollo, O., Morales, E., y González, S. (2016). Guía operativa de evaluación de la acción comunitaria. Barcelona.

Reyes, M. (2013). Liderazgo Comunitario Y Capital Social : Una Aproximación Desde El Campo Biográfico. tat Autònoma de Barcelona. Retrieved from <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/129380/mire1de1.pdf?sequence=1>

Rivera, M., Velázquez, T. y Morote, R. (2014). Participación y fortalecimiento comunitario en un contexto posterremoto en Chíncha, Perú. *Psicoperspectivas*, 13(2), 144-155. Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl>
doi:10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL13-ISSUE2-FULLTEXT-354

Sánchez Vidal, A. (2009). Validación discriminante de una escala de sentimiento de comunidad: análisis comparativo de dos comunidades. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9 (2), 161-176.

- Sánchez Vidal, A. (2016). “Nuevos” valores en la práctica psicosocial y comunitaria: Autonomía compartida, auto-cuidado, desarrollo humano, empoderamiento y justicia social. *Universitas Psychologica*, 14 (4), 1235-1244.
<https://doi.org/10.11144/Javeriana.up14-4.nvpp>
- Scott, B., Irvine, K., Byg, A., Gubbins, M., Kafas, A., Kenter, J., MacDonald, A., O'Hara Murray, R., Potts, T., Slater, AM., Tweddle, J., Wright, K., y Davies, I. (2016). The Cooperative Participatory Evaluation of Renewable Technologies on Ecosystem Services. *Scottish Marine and Freshwater Science*, 7 (1).
- Silva, C. y Martínez, M. L. (2004). Empoderamiento: proceso, nivel y contexto. *Psyche*, 13(2), 29-39.
- Soler, P., Planas, A., Ciraso-Calí, A. & Ribot-Horas, A. (2014). Empoderamiento en la comunidad. El diseño de un sistema abierto de indicadores a partir de procesos de Evaluación Participativa. *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, 24.
- Springett, J. y Wallerstein, N. (2008). *Issues in Participatory Evaluation. CBPR For Health: From Process to Outcomes*
- Tapia, R. (2015). Acción del Estado y Acción Comunitaria en la gestión de la vivienda post erupción del volcán Chaitén, Chile: dos estrategias divergentes. *Magallania*, 43 (3), pp. 141 - 157.
- Tapia, V. (2016). Geografías de la contención: políticas de escala barrial en el Chile post dictadura (1990-2014). Tesis de doctorado en Geografía, planificación territorial y gestión ambiental (no publicada). Universidad de Barcelona.

- Úcar, X. (2002) La evaluación de proyectos y procesos de animación sociocultural. En: Sarrate, M.L. (Coord.) Programas de animación sociocultural. pp.249-276. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.
- Úcar, X. (2009): Para la acción comunitaria, se requiere reflexionar sobre cómo tiene que ser la participación y qué la facilita y la dificulta. En: Asun, Ll; Parcerisa, A y Úcar, X.: 10 ideas clave. La acción comunitaria. Ed Graó; Barcelona.
- Úcar, X. Heras,P. y Soler, P. (2014) La evolución participativa de acciones comunitarias como metodología de aprendizaje para el empoderamiento personal y comunitario: Un estudio de casos y procesos de empoderamiento. Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria, 24, pp. 21-47
- Úcar, X., Rodrigo, P., Planas, A., y Novella, A. (2017). Evaluación participativa del empoderamiento juvenil con grupos de jóvenes. Análisis de casos. Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria, 30, 67-80. DOI:10.7179/PSRI_2017.30.05
- Vidal, T., Berroeta, H., Di Masso1, A., Valera, S.y Però, M. (2013) Apego al lugar, identidad de lugar, sentido de comunidad y participación en un contexto de renovación urbana. Estudios de Psicología, 34 (23), 275-286
- Villarroel, M., y Cravero, R. (2015). Metodologías participativas: una experiencia para pensar la IAP hoy. Políticas, actores y prácticas de la comunicación: encrucijadas de la investigación en América Latina. Escuela de Ciencias de la Información. Córdoba: Alaic
- Wiesenfeld, E. (2016). Las intermitencias de la participación comunitaria: Ambigüedades y retos para su investigación y práctica. Psicología, Conocimiento y Sociedad, 5(2),

335-387. Recuperado de

<http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/276>

Winkler, M., Alvear, K., Olivares, B., y Pasmanik, D. (2014). Psicología Comunitaria hoy: Orientaciones éticas para la acción. *Psicoperspectivas*, 13(2), 43-54.

<https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-353>

Zambrano, A. (2007). Criterios de intervención en estrategias de empoderamiento comunitario: la perspectiva de profesionales y expertos de la intervención comunitaria en Chile y España. Tesis no publicada para optar al grado de Doctor en Psicología Social, Universidad de Barcelona, España.

Zambrano, A. (2006) Participación y empoderamiento comunitario: rol de las metodologías implicativas, X Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Santiago, Chile

Zambrano, A., y Bustamante, G. (2009). ¿Aporta la política social al empoderamiento comunitario?: El valor del componente relacional entre actores y agentes locales del desarrollo. En *Repensando Chile desde las regiones*, Henrich von Baer. Universidad de La Frontera: Chile

Zambrano, A., Bustamante, G., García, M (2009). Trayectorias Organizacionales y Empoderamiento Comunitario: Un Análisis de Interfaz en dos localidades de la región de la Araucanía. *Revista PSYKHE*, 18 (2), pp. 7 – 65

Zambrano, A., y Berroeta, H. (2012). Teoría y práctica de la acción comunitaria: aportes desde la psicología comunitaria. RIL Editores: Santiago.

Zambrano, A., García, M., Bustamante, G. (2015) “Soy el que cierra y el que apaga la luz”:

Cuando el liderazgo de dirigentes comunitarios no empodera a la comunidad.

Revista Universitas Psychologica, Vol. 41, 3.

Zimmerman, M. (2000). Empowerment theory: Psychological, organizational and community levels of analysis. En J. Rappaport & E. Seidman (Eds.), Handbook of community psychology (pp. 43-63). New York: Kluwer Academic/Plenum Publisher.

Zúñiga, C., Jarquín, E., Martínez, E., y Rivas, J. (2016). Investigación acción participativa: un enfoque de generación del conocimiento. Revista Iberoamericana de Bioeconomía y Cambio Climático, 2 (1), pp. 218 - 226.